

ELLY Griffiths

Una tumba entre las rocas

ALGUNOS SECRETOS NUNCA
DEBERÍAN SALIR A LA LUZ



Ruth
Galloway

ARQUEÓLOGA
FORENSE

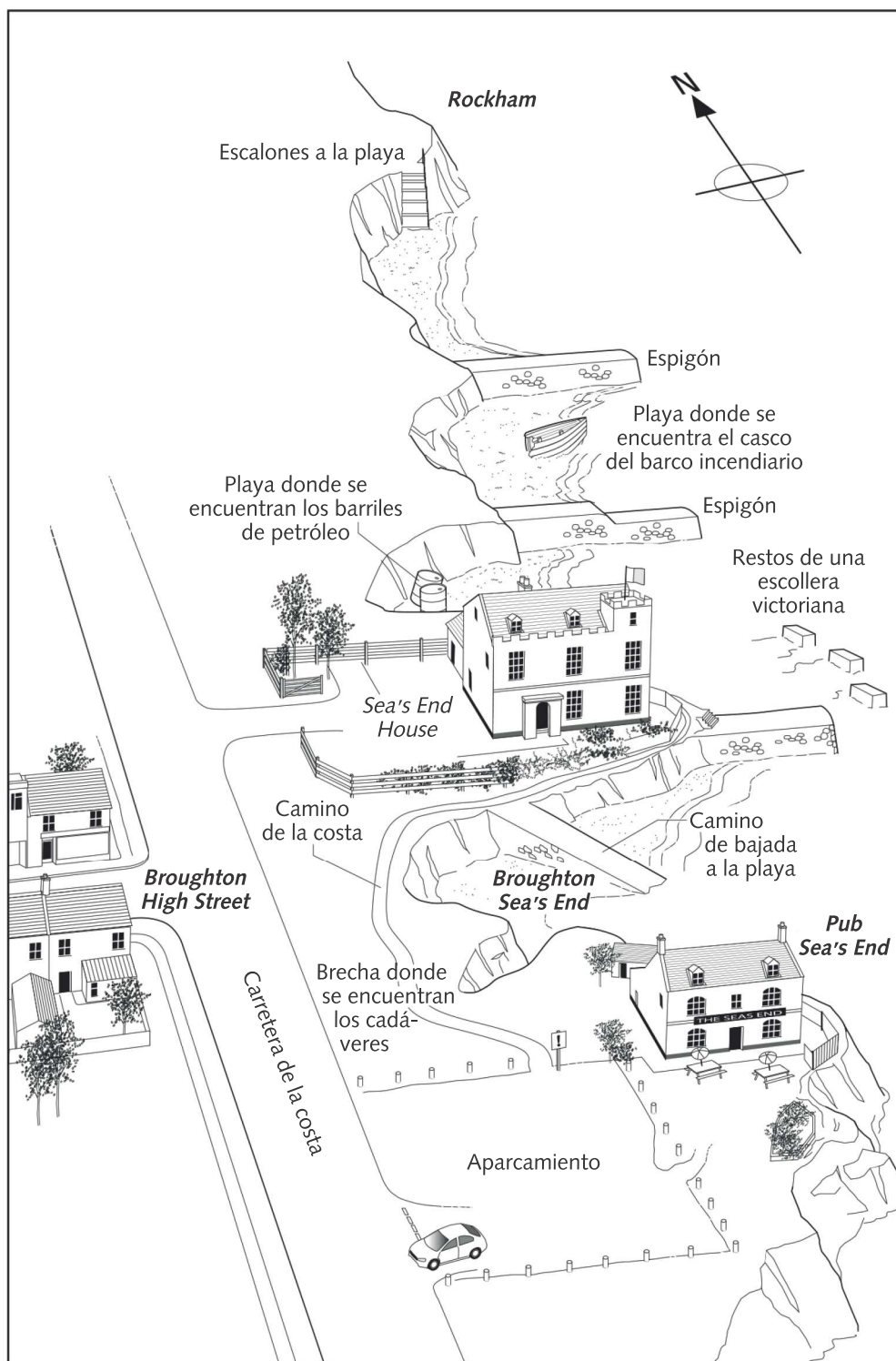
Traducción:

JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL



MAEVA | NOIR

Los escenarios de la novela



Prólogo

Noviembre

DOS PERSONAS, UN hombre y una mujer, recorren el pasillo de un hospital. Se nota que ya habían estado allí antes. Ella pone cara de estar recordando algo agradable. Él, más receloso, se resiste un poco a entrar. Hay que reconocer que la lista de restricciones impresa en la puerta de la planta es como para asustarse: prohibidas las flores, los móviles, los niños de menos de ocho años, toser y estornudar. La mujer señala el icono del teléfono (una gran cruz sobre la silueta de un móvil bastante anticuado), pero el hombre se limita a encogerse de hombros. La mujer sonríe como si estuviera acostumbrada a esas reacciones.

Pulsan un timbre y los dejan entrar.

Se paran en la tercera cama, donde está sentada una mujer de pelo castaño. Tiene en brazos un bebé, pero no porque le esté dando el pecho: lo único que hace es mirarlo fijamente, como si quisiera aprenderse de memoria sus facciones. La visitante, rubia y atractiva, se abalanza sobre la madre primeriza para darle un beso, y luego se agacha hacia el bebé hasta rozarlo con el pelo. El bebé abre unos ojos opacos, oscuros, pero no llora. El hombre se ha quedado rezagado. La mujer rubia le hace señas para que se acerque. Él no besa a la madre ni al bebé, pero dice algo que provoca risas indulgentes en las dos mujeres.

Es fácil adivinar si es niño o niña, porque la cama está rodeada de postales y cintas rosas. Hasta hay un globo un poco desinflado donde pone: *it's a girl*. La pequeña, en cambio, va vestida

de azul marino, como si la madre quisiera plantar cara a los estereotipos desde el primer momento. La mujer rubia coge en brazos al bebé, que se la queda mirando con ojos oscuros y solemnes. La mujer de pelo castaño mira al hombre, que aparta la vista de inmediato.

Al acabarse el horario de visita, la mujer rubia deja regalos y reparte besos y una última caricia en la cabeza del bebé. El hombre se queda al pie de la cama, moviendo un poco la suela del zapato contra el suelo como si no viera el momento de marcharse. La madre sonríe mientras acuna a su bebé en un gesto atemporal de maternidad serena.

Al llegar a la puerta, la mujer rubia se gira y se despide con la mano. El hombre ya se ha ido.

A los cinco minutos, sin embargo, vuelve él solo, casi corriendo, y se para delante de la cama. La madre le pone al bebé en brazos sin decir una palabra. La madre está llorando. La niña, en cambio, sigue callada.

—Se parece a ti —susurra la madre.

1

Marzo

HAY MAREA BAJA. Empieza a atardecer, y la arena forma franjas amarillas, grises y doradas al perderse en la distancia. Los charcos de las rocas reflejan un cielo azul claro. Por la playa caminan lentamente tres hombres y una mujer, que se agachan de vez en cuando para examinar el suelo, recoger muestras y hacer fotos. Uno de los hombres lleva una especie de vara que va clavando en la arena a intervalos regulares. Dejan atrás un faro abandonado en una roca, que ha empezado a perder su alegre pintura roja y blanca, y una playa donde un desprendimiento reciente los obliga a dar un rodeo por el agua. La costa se ha convertido en una serie de pequeñas calas, como mordiscos en la piedra blanda del acantilado. De vez en cuando tienen que ir más despacio para trepar por rocas viscosas cubiertas de algas y restos de antiguos espigones. Uno de los hombres se cae al agua. Las risas de los otros dos resuenan en el aire inmóvil del atardecer. La mujer sigue adelante sin girarse.

Llegan a un punto en el que el acantilado se adentra en el mar y forma una lengua de tierra desolada. La curva abrupta que dibuja la costa deja una ensenada en forma de uve donde da la impresión de que la marea sube más deprisa coronada por olas blancas que se lanzan contra rocas afiladas bajo el estridente graznido de las gaviotas. Arriba, en la cima del acantilado, hay una casa de piedra gris con toques góticos, almenas y una torre circular que mira hacia el mar, con la bandera del Reino Unido en lo alto.

—Sea's End House —dice uno de los hombres, que se ha parado para descansar la espalda.

—¿No es donde vive el diputado? —pregunta otro.

La mujer se ha parado al final de la cala, desde donde mira el caserón. Bajo la luz del atardecer, el gris de las almenas parece casi negro.

—Jack Hastings —dice—. Es eurodiputado.

A pesar de que es la más joven de los cuatro y de que su imagen se decanta claramente por lo alternativo —pelo de punta teñido de morado, *piercings* y chaqueta militar—, parece que los otros la tratan con respeto.

—¿No crees que deberíamos hacer una parada, Trace? —dice uno de los hombres, casi en tono de súplica.

—Aquí hay un pub que no está mal —interviene el de la vara, un gigante calvo al que llaman Ted el Irlandés—, el Sea's End.

Los otros dos se aguantan la risa. Ted tiene fama de conocerse todos los pubs de Norfolk, lo cual, teniendo en cuenta que dicen que en el condado hay tantos como días tiene el año, no está nada mal.

—Esta playa y ya está —dice Trace mientras saca una cámara—. Podemos hacer unas lecturas con el GPS.

—Aquí hay mucha erosión —dice Ted—. Lo he leído. Han declarado Sea's End House como una construcción insegura. Jack Hastings está que echa chispas. Se pasa el día dando la tabarra con que la casa de un ciudadano inglés es su castillo.

Miran la casa gris del promontorio. La pared curva de la torre está a menos de un metro del precipicio, y los restos de una valla cuelgan de manera irregular en el vacío.

—Detrás de la casa había un jardín, con su casita de verano y todo —dice uno de los hombres, Craig—. Lo cuidaba mi abuelo.

—La playa también está obstruida —dice Trace—. El temporal que hubo en febrero desplazó mucha piedra.

Bajan la vista hacia la estrecha playa. Al pie del acantilado hay una especie de repisa de guijarros que se interrumpe de golpe y da paso al mar. Es un sitio muy poco acogedor, en el que cuesta imaginarse a familias haciendo pícnic, niños con cubos y palas y adultos tomando el sol.

—Parece un desprendimiento —dice Ted.

—Puede ser —contesta Trace—, pero bueno, vamos a hacer unas lecturas.

Es la primera en internarse por la playa, sin apartarse del borde del acantilado. Desde Sea's End House se baja al mar por un camino bastante empinado. Más arriba, por encima de la línea de marea, hay varias barcas de pesca, aunque el agua está subiendo muy deprisa.

—Por este lado la playa no tiene salida —dice el del abuelo jardinero—. Como nos quedemos aislados...

—No hay mucha profundidad —dice Trace—. Podemos ir por el agua.

—En esta zona hay corrientes peligrosas —los avisa Ted—. Lo mejor es ir directamente al pub.

Trace no le hace caso. Se ha puesto a hacer fotos del acantilado, con sus franjas grises y negras interrumpidas bruscamente por alguna roja. Ted hunde la vara en el suelo y hace una lectura con el GPS. El tercer hombre, que se llama Steve, se acerca a una fisura del acantilado, donde se ha formado un profundo barranco. La entrada está llena de piedras, seguramente a causa de algún desprendimiento. Empieza a trepar y las botas resbalan por las piedras sueltas.

—Ten cuidado —dice Trace sin girarse.

Las olas retumban con más fuerza que antes al asaltar la costa. Las aves marinas han empezado a regresar a sus nidos en lo alto del acantilado.

—Más vale que volvamos —aconseja Ted por enésima vez, pero Steve grita algo desde el acantilado.

—¡Eh, mirad!

Los demás se acercan. Ha abierto una brecha en los escombros y se ha puesto en cuclillas en el hueco que hay detrás, una especie de cueva muy profunda, casi un pasaje dominado por la abrumadora masa negra del acantilado. Steve ha movido algunas de las piedras más grandes y está inclinado hacia algo medio tapado por la arena.

—¿Qué es?

—Parece un brazo humano —contesta tan tranquilo.

EL SARGENTO DAVID Clough está comiendo. No es nada novedoso, porque casi toda la jornada laboral se la pasa con algo en la boca: McDonald's para desayunar, barritas Mars, unos fideos instantáneos como almuerzo, un sustancioso bocadillo y un trozo de pastel para merendar y, a la hora de la cena, una buena cerveza y un curry. Aun así, mantiene a raya su cintura de un modo admirable, cosa que él atribuye «al fútbol y a follar». Resulta que tiene novia desde hace poco, lo cual ha puesto coto, como mínimo, a una de las dos actividades.

Ha sido un día duro. Su jefe está de vacaciones y Clough albergaba la secreta esperanza de que justo esa semana se aventurase por Norfolk un asesino en serie que acabara en manos del superpoli David Clough, pronto *sir* David Clough, pero solo han entrado a robar en dos casas, se han llevado un coche y han encontrado muerto a un viejo en un salvaescaleras. No es *Corrupción en Miami*, precisamente.

La irritante musiquita de *Los Simpson* anuncia una llamada en su móvil.

—¡Trace! Hola, nena.

La sargento Judy Johnson, que, muy a su pesar, comparte mesa con él, hace como si vomitara, pero Clough ingiere el último mordisco de *muffin* de arándanos sin prestarle atención.

—Oye, Dave, si fuera tú vendría —dice Trace—. Hemos encontrado unos huesos.

Clough agarra el teléfono y corre hacia la puerta, entre gritos dirigidos a Judy para que lo siga. Le estropea un poco el efecto haberse olvidado las llaves del coche y tener que volver a buscarlas. Su compañera sigue sentada donde antes, impasible.

—¿Cómo que «sígueme»? No eres mi superior.

Suspira. Típico de Judy, poner pegos y desbaratarles la única oportunidad de hacer algo en toda la semana. Desde que la ascendieron el año pasado, a Clough le parece que tiene demasiadas ínfulas. Vale, es buena policía, pero se pasa el día reprochándole detalles: un papel sin rellenar, una fecha sin poner, una llamada sin registrar... Mentalmente —que no en persona, porque la verdad es que Judy da un poco de miedo—, Clough le dice que ningún delito se ha resuelto nunca con papeles.

Intenta poner la misma cara que el jefe en sus momentos de máxima impaciencia.

—Han encontrado huesos humanos en Broughton Sea's End. No hay tiempo que perder.

Ella sigue sin moverse.

—¿Dónde los han encontrado, exactamente?

Él no lo sabe. Estaba demasiado ocupado poniéndose en acción para hacer preguntas. La mira mal.

—¿Era Trace la que llamaba? ¿Los ha encontrado ella?

—Sí, está haciendo una especie de prospección de los acantilados o algo parecido.

—¿De prospección arqueológica?

—Ni idea. Lo único que sé es que han encontrado huesos, restos humanos. ¿Te vienes o piensas pasarte todo el día haciendo preguntas?

COMO ERA DE esperar, cuando llegan a Broughton Sea's End ya está subiendo la marea y es demasiado peligroso bajar a la playa. Clough mira a Judy con cara de reproche, pero ella no le hace el menor caso.

Trace y Steve los esperan en la cima del acantilado, cerca de la entrada de Sea's End House. El mar ya ha llegado donde empieza el camino de subida y las olas se estrellan en la piedra con un ruido seco. Al otro lado de la cala se yerguen los acantilados, oscuros, verticales e inaccesibles con marea alta.

—Habéis tardado mucho —le dice Trace a Clough a modo de saludo—. Ted y Craig se han ido al pub.

—¿Ted el Irlandés? —pregunta el sargento—. Se pasa la vida en los pubs.

Judy saca su libreta y comprueba escrupulosamente la hora antes de anotarla. Clough no puede con ella. Le pone de los nervios.

—¿Dónde han hallado los huesos, para ser exactos? —pregunta la sargento.

—Hay una brecha en el acantilado, una especie de barranco —dice Steve, un hombre enjuto, curtido, con coleta y pelo gris: el típico arqueólogo, piensa Clough.

—¿Y cómo los han encontrado? —pregunta Judy.

—Estaba investigando un desprendimiento y al mover algunas de las piedras más grandes los he encontrado debajo. Lo más probable es que el derrumbe desplazara la tierra.

—¿Están por encima de la línea de marea? —pregunta Judy.

Al otro lado de la bahía ya han empezado a romper olas en la base del acantilado.

—De momento creemos que están protegidos por los escombros del desprendimiento —afirma Trace.

—Ahora bien, con la marea de primavera, que será de las altas... —dice Steve.

—Si apartamos las piedras y abrimos una zanja —dice Trace— seguro que se los llevará el mar.

Miran el agua, que avanza a gran velocidad, uniendo los charcos de las rocas, sumergiendo los espigones y convirtiendo la pequeña bahía en un gran remolino blanco.

Trace consulta su reloj. Aún no ha mirado ni una vez a Clough, que no sabe si está cabreada con él por llegar tarde o se ha puesto en modo arqueóloga profesional. Para él es una novedad lo de salir con una chica con estudios, y encima con el pelo estilo *punk*, un *piercing* en la lengua y botas Doc Martens. Se conocieron cuando ella estaba trabajando en otro caso de arqueólogos y huesos enterrados. Clough aún se acuerda de la intensidad de la atracción que sintió nada más verla, mientras excavaba con sus brazos delgados pero musculosos. De hecho, los músculos (y el *piercing*) siguen pareciéndole muy *sexis*. Solo le queda esperar que, por su parte, tener bien marcados los abdominales compense no haber leído un solo libro desde que se le atragantó *De ratones y hombres* cuando iba a secundaria.

—¿Seguro que los huesos eran humanos? —pregunta Judy.

—Segurísimo —contesta Trace con un pequeño escalofrío, porque el sol se ha escondido y el viento empieza a soplar.

—¿De cuándo?

—No lo sé. Tendrá que examinarlos Ruth Galloway.

Trace, Clough y Judy se miran. Todos se acuerdan de ella por alguna razón. El único que no reacciona al oír el nombre es Steve.

—Es la arqueóloga forense, ¿no? Pensaba que se había ido.

—Estaba de baja por maternidad —dice Judy—. Creo que ya ha vuelto al trabajo.

—Donde tendría que estar es en casa, con el crío —tiene la imprudencia de comentar Clough.

—Es madre soltera —replica Trace—, y seguramente le hace falta el dinero.

—¿Qué hacían en la playa? —se apresura a preguntar Judy.

—Un estudio sobre la erosión de la costa para la universidad. Estamos estudiando todas las playas del noreste de Norfolk. De hecho, ya hemos descubierto cosas bastante interesantes: un hacha del Paleolítico en Titchwell, un brazalete romano en Burgh Castle y muchos restos de barcos. El desprendimiento lo ha visto Steve mientras inspeccionaba los acantilados. Los huesos estaban en el hueco situado detrás. Tiene pinta de que estaban enterrados a bastante profundidad, pero al caer las piedras se movió la tierra.

—¿Y cómo descubren tantas cosas? —pregunta Judy, volviendo por el camino del acantilado—. ¿Lo normal no sería que el mar lo sumergiese todo?

Clough se alegra de que lo haya dicho. Él también quería preguntarlo, pero le daba miedo quedar como un tonto delante de Trace.

—Las mareas cambian —explica lacónicamente esta última—, y la arena se mueve: hay partes donde se acumula y otras donde se retira. El mar empuja los guijarros tierra adentro, y se destapan cosas que estaban enterradas.

—Como estos huesos —dice Steve—. Lo más probable es que estuvieran enterrados muy por encima de la línea de marea, pero el agua, al chocar repetidamente, ha erosionado la roca hasta que se ha caído una parte del acantilado.

—¿Los habéis visto bien? —pregunta el sargento.

—La verdad es que no —dice Steve—, porque la marea subía demasiado deprisa y no queríamos quedarnos aislados en la playa, pero a primera vista diría que corresponden a más de un cadáver.

Clough y Judy se miran.

—¿No hay ninguna duda de que son humanos?

—En mi humilde opinión, no.

—También hemos encontrado algo más —dice Trace, cuya opinión nunca es humilde.

Ya han llegado al pub. El viento hace chirriar el letrero, que representa a un hombre cayéndose de un acantilado. Ven al otro lado del cristal a Ted, que se está llevando una pinta de cerveza a los labios. Trace aprovecha la luz amarilla que se cuelga por la ventana para enseñar una especie de bolita de fibras esponjosa y amarillenta, como el material que se usa para aislar techos.

—¿Qué es? —pregunta Judy.

—¿Algodón? —sugiere Clough.

—Apesta un poco —dice Steve.

Es verdad, el material desprende un olor inconfundible a azufre.

—Genial. —Clough se frota las manos—. Al jefe le encantará.

—¿Dónde está Nelson, por cierto? —pregunta Trace.

—De vacaciones. Se reincorpora el lunes. Seguro que ya sueña con volver.

Judy se ríe. La aversión de Nelson a las vacaciones es algo legendario en la comisaría.

2

EL INSPECTOR JEFE Harry Nelson está sentado al lado de una piscina, con un vaso de cerveza en la mano y nada agradable en lo que pensar. Es de noche y en el agua inmóvil titilan los reflejos de las lucecitas colgadas en los árboles. Al lado de Nelson está su mujer, Michelle, pero le da la espalda, enfrascada en una conversación muy intensa sobre mechas con la mujer de la mesa contigua. Michelle es peluquera, y por lo tanto una experta en el tema. Sería absurdo prever alguna pausa en su monólogo. El campo en que él es experto —los asesinatos— da mucho menos juego como punto de partida para una conversación.

Cuando informó a Michelle de que aún le debían una semana de vacaciones, ella le propuso ir a algún sitio «los dos solos», y en ese momento le encantó cómo sonaba. Su hija mayor, Laura, se había ido en septiembre a la universidad, y a la pequeña, Rebecca, de diecisiete años, difícilmente le interesaría estar toda una semana con sus padres. «Además —dijo Michelle—, no querrá saltarse las clases.»

Nelson respondió con un gruñido escéptico. Rebecca no parece que vaya mucho a clase; su vida de alumna de bachillerato se reduce a una serie de misteriosas «horas libres» y «excursiones» aún más misteriosas. Por no entender, Nelson no entiende ni sus optativas: Psicología, Ciencias de la Comunicación y Ciencias del Medioambiente. ¿Psicología? De eso ya ha visto él bastante en su trabajo. De vez en cuando su superior, Gerry

Whitcliffe, se saca de la manga a algún psicólogo esmirriado para que le haga un «perfil del delincuente», y la conclusión siempre acaba siendo la misma: la persona a quien buscan es un solitario inadaptado a quien le gusta hacer daño a los demás. Ah, pues muchas gracias, pero Nelson considera que eso podría haberlo deducido por sí mismo, sin necesidad de ninguna carrera; basta con toda una vida en el cuerpo de Policía y estudios profesionales de metalistería. Ciencias de la Comunicación parece una manera sofisticada de referirse a ver la tele. ¿Y Ciencias del Medioambiente? ¿Eso de qué va? «Del cambio climático», dijo una vez Michelle con tono de sabihonda, pero a él no lo engaña: los dos dejaron los estudios a los dieciséis y, académicamente, sus hijas están en otro mundo.

A él le habría apetecido ir a Escocia o, por qué no, a Noruega, pero tenía que hacer las vacaciones antes de que se acabara el mes de marzo, y su mujer quería un lugar con sol. A menos que viajaran muy lejos, en marzo el único sol disponible parecía el de las Canarias, así que reservó una semana con pensión completa en un hotel de cuatro estrellas de Lanzarote.

El hotel está bastante bien y la isla tiene un encanto peculiar, gris ceniza, pero para él la semana está siendo un purgatorio. La primera noche, Michelle entabló conversación con otra pareja, Lisa y Ken, de Farmborough, y en diez minutos Nelson ya lo sabía todo y más sobre el trabajo de Ken como asesor informático y el de Lisa como esteticista. Se enteró de que tenían dos hijos adolescentes, que los habían dejado con los padres de ella (Stan y Evelyn), que al pedir comida a domicilio se inclinaban más por la cocina china que por la india, y que consideraban a George Michael un artista muy completo. También se enteró de que Lisa era alérgica a los aguacates, y de que Ken tenía el síndrome del colon irritable. Otras cosas de las que le informaron fueron que los viernes Lisa va a bailar salsa, y que su marido tiene un hándicap de trece en golf.

—¿Vosotros cuántos hijos tenéis? —le preguntó Lisa a Nelson con una mirada intensa de miope.

—Tres —dijo él escuetamente—, tres hijas.

—¡Harry! —Michelle hizo tintinear sus collares de oro al inclinarse—. Tenemos dos hijas, Lisa. Pronto ya no se acordará ni de su propio nombre.

—Perdona. —Nelson siguió comiéndose su cóctel de gambas—. Dos hijas, una de diecinueve y otra de diecisiete.

La conversación languideció una sola vez en toda la velada.

—¿Tú a qué te dedicas, Harry? —preguntó Ken.

—Soy policía —contestó Nelson, ensañándose con su bistec.

—MENOS MAL —LE dijo Nelson a su mujer cuando volvieron a su habitación—. Ya no tendremos que hablar nunca más con los pelmazos esos.

—¿Por qué lo dices? —respondió mientras se envolvía en una toalla y se metía en la ducha.

Vaciló antes de contestar. No quería cabrearla demasiado, pues contaba con el sexo de la primera noche de vacaciones.

—Bueno, mucho en común no es que tengamos, ¿no?

—Pues a mí me caen bien. —Michelle abrió el grifo—. Les he propuesto que juguemos mañana los cuatro al minigolf.

Dicho y hecho: han jugado a golf con Lisa y Ken, han hecho excursiones juntos por la isla, han cenado en mesas contiguas y, en una noche de horror incomparable, los cuatro fueron a un karaoke. Mientras oye cotejar los respectivos méritos del dorado y del caoba con un toquecito de tono miel, Nelson se dice que en el infierno no puede haber nada peor que cantar *Wonderwall* a dúo con un programador de Farmborough.

—Tenemos que volver a vernos —le dice Ken, inclinándose hacia él—. El año que viene Lisa y yo planeamos ir a Florida.

—Nosotros de Florida conocemos Disneyland, de cuando las niñas eran más pequeñas —dice Michelle—. Fue una pasada, ¿verdad, Harry?

—Impresionante.

—Bueno, pues nada, será cuestión de volver sin los críos —dice Ken—. ¿Qué pasa, que solo pueden divertirse ellos?

Nelson se lo queda mirando fríamente.

—Harry tiene adicción al trabajo —dice Michelle—. Cuesta que se relaje.

—Me imagino que será estresante, lo de ser policía —comenta Lisa, que con algunas variaciones ha dicho lo mismo cada vez que se sacaba a colación el trabajo de Nelson.

—No te lo negaré.

—Harry ha tenido un año difícil —dice Michelle con cierto tono compasivo.

«Eso tampoco te lo negaré», piensa Nelson mientras se van de la piscina y entran en el bar para tomar el café: el balance del año anterior fue de dos asesinos de niños, como mínimo tres locos y una curiosa relación completamente distinta a todas las otras de su vida. Al acordarse de ella se levanta de golpe.

—Voy a estirar las piernas —explica—. A lo mejor aprovecho y le hago una llamada corta a Rebecca.

Fuera hay mejor cobertura.

Da dos vueltas alrededor de la piscina mientras piensa en los delitos de los que podría acusar a Ken, y luego se refugia en la oscuridad de la «terraza italiana», una zona bastante desolada, llena de urnas vacías y fragmentos de columnas dispuestos de una manera bastante artística.

Clica en «Nombres» y baja hasta la erre.

—Hola —dice finalmente—, ¿cómo estás?